



las de las Azores (1), á cuya inmediacion no les permitió acercarse aún el temporal, y pasaron el resto del dia, la noche y el siguiente dando bordadas para alcanzarlas, pero en vano. En la noche del sábado al domingo, el almirante, que sin embargo de sufrir de la gota habia permanecido desde el principio de la tempestad, es decir, por espacio de cuatro dias y cuatro noches expuesto á la lluvia, al viento y á los golpes de agua, sin descansar y escaso de alimento, hallándose casi baldado de las piernas tuvo necesidad de reposar algun tanto, pero apenas amaneció tomó de nuevo el mando, gobernó al SSO. y al fin alcanzó por la noche una isla, que por falta de luz no pudo conocer. La dió vuelta para encontrar un sitio seguro, y habiendo echado un ancla y perdidola enseguida, fuéle menester salir á mar ancha por temor de un siniestro; el lunes consiguió tomar puerto. Estaban en Santa María, la más meridional de las Azores, que pertenecia al rey de Portugal.

Atónitos quedaron sus habitantes de que un barco tan frágil y en semejante estado hubiera podido soportar la furiosa y larga tormenta pasada, y más fué su asombro cuando supieron de dónde venia. Con la nueva del descubrimiento de las Indias «daban gracias á Dios (2), haciendo muchas alegrías,» y no se cansaban de oír relaciones acerca de aquella tierra.

Por la tarde vinieron tres hombres á la orilla que hablaron con los de la *Niña* por medio de una bocina, y éstos enviaron una lancha para recogerlos. Traian al almirante volateria y pan fresco de parte del gobernador de la isla, que segun decian debia venir al otro dia para visitarlo, llevarle nuevas provisiones y devolverle tres marineros que retenia en tierra por disfrutar del gusto de oírlos. Como ya era tarde, Colon dispuso que durmieran á bordo los enviados.

Al amanecer, no queriendo demorar por más tiempo el cumplimiento de la promesa hecha por todos de ir descalzos y en camisa á la igle-

(1) «El almirante, por su navegacion, se hallaba estar con las islas de los Azores, y creia que aquella era una dellas. Viérnes 15 de Febrero.

(2) Lúnes 18 de Febrero.

sia de Nuestra Señora, en la primera tierra á que llegáran, pidió á los mensajeros, que volvieran á la ciudad envasen un sacerdote á la capilla de la Virgen que estaba cerca de la playa, detras de un cabo. Al efecto se trasladó allí la mitad de la tripulacion, y mientras oraba al pié del altar, llegó una manga de soldados que hizo prisioneros á los pobres peregrinos. Esperaba el almirante la vuelta de la chalupa para desembarcar á su turno; pero dieron las once, y como no venia sospechó que retenian á los suyos, ó que la embarcacion se habia destrozado contra los peñascos de la orilla. Desde donde estaba no podia divisar la ermita y levó anclas acto continuo para dirigirse á un sitio mejor, una vez en el cual poco tardó en distinguir un escuadron de ginetes que se apeaba y entraba armado en la lancha, que vogó hácia la *Niña* como para tomarla al abordaje.

Cuando estuvieron al alcance de la voz, el gobernador de la isla, que venia dirigiendo en persona este golpe de mano, pidió un salvo conducto para él si subia á la carabela. Otorgóselo el almirante, pero el cauteloso lusitano no fiándose de una palabra que él en lugar de Colon habria violado, no se movió del esquite.

El virey le preguntó, por qué, contrariamente á las leyes de la hospitalidad, y violando el derecho de gentes, aprisionaba á sus marineros, con tanta ménos razon, cuanto que los portugueses vivian en Castilla tan seguros como en Lisboa, y le dijo que el rey y la reina cuyo grande almirante era, le tenian mandado tratarse con distincion á los buques de la marina de Portugal que hallára por el camino, y que si no le restituia su tripulacion no continuaria el viaje con el resto, sino que habia de castigar severamente tan pérfido y odioso proceder. Respondióle el gobernador con arrogancia, que allí nada tenian que ver con los monarcas de Castilla, ni con sus cartas, y que le haria saber lo que Portugal valia. Cuando hubo agotado sus fanfarronadas, prorumpió con insolencia que el almirante podia, si queria, tornar al puerto con su carabela, que él por su parte, habiendo obrado con arreglo á las instrucciones de su rey y señor, estaba tranquilo.

Tuvo Colon que limitarse á fulminar terri-



bles amenazas por tamaña deslealtad, y obligado por la agitacion del mar, volvió á la bahía, que por cierto no presentaba la mayor seguridad. Su primer cuidado entónces fué el de prevenirse contra cualquier evento. Estivó la carga é hizo un lastre provisional, llenando de agua las pipas vacías. Pero de nada le sirvió su precaucion, pues aquellos desleales enemigos le cortaron las amarras, viéndose el virey en la necesidad de huir en las tinieblas de la noche, buscando en ancha mar un abrigo contra la malquerencia de la costa. Por espacio de treinta y seis horas permaneció en los peligros más inminentes, porque entre los hombres que conservaba á bordo no habia sino tres marineros; que el resto lo componian indios y novicios. Felizmente, las olas no azotaban á la *Niña* más que por una banda, en vez de acometerla en todas direcciones como en los dias anteriores, y Cristóbal, con el corazon siempre levantado hácia su divino Maestro, le dió gracias por la disminucion del peligro.

El viérnes 22 de Febrero, por una repentina resolucion, habiendo vuelto á echar el ancla en el mismo puerto de donde tuvo que salir, vió á un hombre agitando una capa y haciendo señales á la carabela para que esperase. A breve rato llegó la chalupa con dos eclesiásticos y un escribano; los que, despues de pedir resguardo para sus personas, le suplicaron les mostrara sus papeles para asesorarse de que realmente servia á los reyes católicos. No habiéndole salido bien el atentado y temiendo las consecuencias, buscaba el gobernador portugues el modo de encubrirlo con un pretexto plausible. Colon lo comprendió, y no sólo los satisfizo, sino que todavía les hizo regalos de objetos del nuevo mundo. Convencidos los delegados del gobernador de su calidad, le devolvieron con la lancha los marineros que guardaban en rehenes, los cuales decian que si hubieran logrado apoderarse de su persona, nunca jamás les dieran libertad, porque así era la orden expresa de don Juan II.

Levaron anclas sin perder momento y dieron vuelta á la isla, queriendo hallar sitio donde hacer leña y tomar piedra para lastre, pero lo fuerte de la resaca impidió á las em-

barcaciones arrimarse á tierra; y como en esto se presentasen ciertas señales, precursoras del viento del S., que en aquellas alturas es tan peligroso aguardar sobre las amarras, decidió el almirante proseguir su camino. La mar estaba tranquila y navegaban impulsados por una fuerte brisa; por lo cual daba el virey gracias al Señor en su *Diario* y en su corazon. Por espacio de dos dias la marcha fué regular; mas á poco, vientos contrarios tornaron á lanzar á los marineros en los peligros y fatigas de que creian haber escapado ya.

El 1 y 2 de Marzo pudo seguirse un rumbo favorable. El 3 al ponerse el sol, un chubasco se llevó en pedazos las velas de la *Niña*, que estuvo á punto de zozobrar; pero la divina Providencia veló por su servidor: «Dios quiso salvarlo,» dice Las Casas. En la inminencia del peligro se hicieron nuevas plegarias, y un nuevo voto. Se tornó á echar suertes para saber quién de entre ellos iria descalzo y en camisa á Nuestra Señora de la Cinta, en la provincia de Huelva, y como ya habia sucedido dos veces, le tocó á Colon, «lo que le hizo creer que Dios iba siempre con él; pero que queria que se humillara y no se enorgulleciera con los favores que le tenia hechos (1). Además cada uno prometió estar á pan y agua el primer sábado siguiente á la llegada de la carabela.

Menester fué dejarse llevar por las olas á palo seco; que tan récia era la tormenta. Redobló ésta su fuerza con la venida de la noche; siniestros relámpagos alumbraban con su luz sulfúrea la pavorosa escena; la lluvia caia á torrentes; las olas arremetian en todas direcciones al buque, y así se levantaba tremenda una montaña de agua, como se abria un abismo negro, inmenso, amenazando tragarlo con su espumosa boca. El crujir de la jarcia, de la arboladura y del casco, hacia coro con los silbidos del viento y el estrépito de los truenos, á los que parecia servir de eco los espantosos bramidos del mar. Ningun poder humano fuera bastante para salvarlos de tanto peligro;» pero plugo á nuestro Señor venir en auxilio del

(1) Las Casas, *Historia de las Indias*, lib. I, capítulo LXXIII.



virey, y mostrarle la tierra,» como dice Las Casas. A media noche la divisaron; mas la oscuridad impidió reconocer el lugar. Sin embargo de lo atrevido de la maniobra, el almirante mandó echar la vela grande de juanete, no teniendo tampoco otro recurso para levantar á la *Niña* que sumergía la proa;» y así los guardó Dios hasta el día (1) en medio de las angustias y de la ansiedad de una noche de tribulacion y naufragio.

Llegaba el almirante á las costas de España á fines de un invierno desastroso; durante uno de esos sacudimientos de la naturaleza, que, trastornándolo todo, hacen sentir su impulso formidable del Polo al Ecuador. Al decir de la gente marinera, nunca se conoció un invierno de más siniestros marítimos, pues de cuatro meses atrás soplaban vientos asoladores. El océano Germánico estaba impracticable, y los buques padecían en los puertos, bloqueados por los temporales. Veinticinco barcos españoles perecieron en las costas de Flandes, y por todas las demas se veían esqueletos de naves é infinitos despojos.

Al amanecer, al través de la neblina, que producía la agitacion de las olas y la abundancia de espumas que se levantaba en el aire, el

(1) Las Casas, *Compendio del Diario de Colon*. Lunes 4 de Marzo.

almirante reconoció el promontorio elevado de Cintra, cerca del Tajo.

La costa de Portugal, difícil de abordar siempre que hay mar gruesa, es en extremo peligrosa con un temporal, porque ningun cabo, ninguna abertura amortigua el impulso de las olas que corren sin obstáculo, y con una violencia acrecentada por la distancia, á romperse con ruido infernal contra los peñascos. Colon, á pesar de que no pudieron acercarse las lanchas de los prácticos, se esforzó por entrar en la ria. Tampoco contaba con otro refugio. Las rocas, cubiertas con la espuma, engañaban la vista; y una fuerza irresistible arrastraba á la *Niña* á los escollos, rechazándola de la embocadura, á lo cual tambien contribuía el viento contrario y una grande avenida. Hubiérase dicho que un tenebroso poder redoblaba su furor, para impedir salvarse á la ligera carabela, haciéndola perecer casi á la entrada del puerto.

Al presentír una catástrofe, los habitantes de Cascaes, poblacion situada en el embocadero del Tajo, acudieron á la iglesia, y con cirios encendidos quedaron orando durante la mañana por las almas de los tripulantes de la *Niña*, que consideraban ya pasto del terrible elemento; y cuando con el favor del Altísimo entró Colon por el rio, el pueblo en masa acudió á la orilla considerando como milagro su salvacion de una muerte inevitable.

Colon en el Tajo resiste animosamente á las intimaciones del almirante lusitano. El pueblo de Lisboa acude á ver su carabela. El rey de Portugal lo convida á pasar á su palacio y lo colma de distinciones. Los consejeros de la corona proponen al monarca el asesinato de Colon. Niégase á ello el rey, y honra su persona. La reina, deseosa de oír sus relaciones, hace llamar tambien á Colon. Salida de la «Niña» para España.

### CAPÍTULO XVI.

Colon en el Tajo resiste animosamente á las intimaciones del almirante lusitano. El pueblo de Lisboa acude á ver su carabela. El rey de Portugal lo convida á pasar á su palacio y lo colma de distinciones. Los consejeros de la corona proponen al monarca el asesinato de Colon. Niégase á ello el rey, y honra su persona. La reina, deseosa de oír sus relaciones, hace llamar tambien á Colon. Salida de la «Niña» para España.

Á fuerza de bordadas consiguió el almirante entrarse hasta el fondeadero de Rastrello, dando gracias al Todopoderoso por haberlo apartado de riesgo tan inminente.

Despachó en seguida un correo á Castilla, para dar parte de su llegada á SS. AA., y despues escribió al rey de Portugal, que se habia retirado á su palacio de Valparaiso, huyendo de la peste, con el objeto de que le permitiera echar el ancla en Lisboa, no creyéndose seguro en un sitio como Rastrello, tan abundante en gentes capaces de venir sobre la *Niña*, á la que suponían atestada de oro, en razon á venir de las Indias, descubiertas por él; y previendo la susceptibilidad de Juan II, le insinuaba con destreza, que no habia ido hácia Guinea, sino al extremo del Asia por occidente.

Hecho lo cual, añadió una postdada á la carta que redactó en medio de la tormenta, á la altura de las Azores para Luis de Santangel, el hombre que con más ahinco sirviera á su expedicion, con fijar el ánimo de la reina, para decirle que los elementos le habian forzado á guarecerse en el Tajo, lo cual tenia por la cosa más sorprendente. Y en efecto, no iba descaminado al estar temeroso de las fronteras del monarca que lo mandó perseguir en la mar á su

partida, y cuyos agentes, violando los derechos más santos, quisieron hacerle zozobrar á su vuelta, ya que no pudieron sepultarlo vivo en el calabozo, que de antemano le habian dispuesto. Venir hoy á refugiarse en sus estados, era ponerse entre las garras del leon. El almirante conocia á punto fijo lo grave del caso; y sin embargo no podia ménos de arrostrarlo. Pero Dios, que lo salvó de los conjurados y de la furia de los elementos, velaba sobre él, y por esa causa al comprender Colon lo extraño y misterioso de la irresistible necesidad, que lo impelia á los brazos de su enemigo, no se turbó.

En el acto escribió para otro personaje de la córte, el tesorero D. Rafael Sanchez, una relacion de su viaje, que poco despues fué impresa en Roma, la cual, idéntica en el fondo, solamente difiere en el estilo de la que recibió Luis de Santángel. Adviértese en ella esa sobriedad de imágenes, y en su consecuencia esa candidez y ese vigor propios de Colon. La terminaba con un rasgo de entusiasmo propio para llegar al alma de un cristiano.

Decia:

«Todo cuanto acabo de exponer parece inaudito, extraordinario, y cosas más grandes